

*Campesinos oran por la
muerte de niños en un
templo donde sólo
queda el altar.*



El siguiente relato ha sido hecho por la antropóloga francesa Anne Marie Hocquenghem, quien trabaja para el Centro de Investigación y Promoción del Campesinado -CIPCA-, en el departamento de Piura. Esta publicación condensa un trabajo mayor, hecho en colaboración con Eduardo Franco y Carlos Reyes, exalumnos de la Universidad Nacional de Piura. La autora es investigadora del Museo del Hombre, en París, enseñó en Berlín y en la Universidad Católica de Lima. Ha publicado un trabajo en torno a la iconografía mochica.

*Velaciones andinas
en el Bajo Piura*

Cita con los muertos

Por Anne Marie Hocquenghem

Catacaos, La Arena, Tablazo, Sechura, Vice, Chalaco. Los cementerios del Bajo Piura se extienden en las tierras más altas, arenosas y secas. Las tumbas —fosas en la arena señaladas por una cruz o una peana— llevan el nombre del difunto y la fecha de su muerte.

Las cruces más antiguas van desapareciendo una tras otra, hundiéndose con sus inscripciones borradas por el tiempo. Algunas son raíces de algarrobo en forma de cruz. Parecen cuerpos con brazos extendidos. Las más recientes son dos made-

ros entrecruzados y clavados. Las peanas antiguas están labradas en madera de algarrobo, las más modernas han sido construidas con adobe, ladrillos o cemento, pintados y adornados con imágenes de Cristo, vírgenes, santos, ángeles o flores, a veces la foto del difunto.

REENCUENTRO CON LOS ANCESTROS

Los cementerios cataquenses se oponen a los cementerios sechuranos. Nombres diferentes: Ipanaqué, Yovera, Yamunaqué, More en los primeros; Bayona,

Turne, Pingo, Cherre, Vite, Chunga en los segundos. Resplandor barroco de los colores: blanco, negro, plateado, verde, blanco, azul, negro, morado; en La Arena y Tablazo. Rigor clásico de colores naturales de la madera y del cemento, con algo de blanco y negro en Sechura, Vice y Chalaco.

Olores de flores dulces en los cementerios cataquenses, olor de mar en los cementerios sechuranos. En la víspera de "Velaciones" se acostumbra limpiar, pintar, coronar y depositar un ramo de flores en las cruces, peanas, nichos y

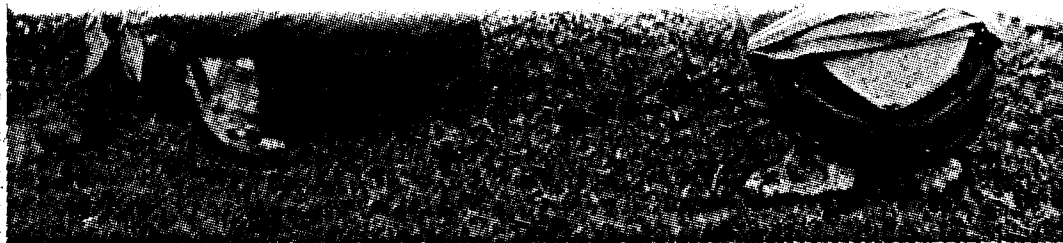
mausoleos.

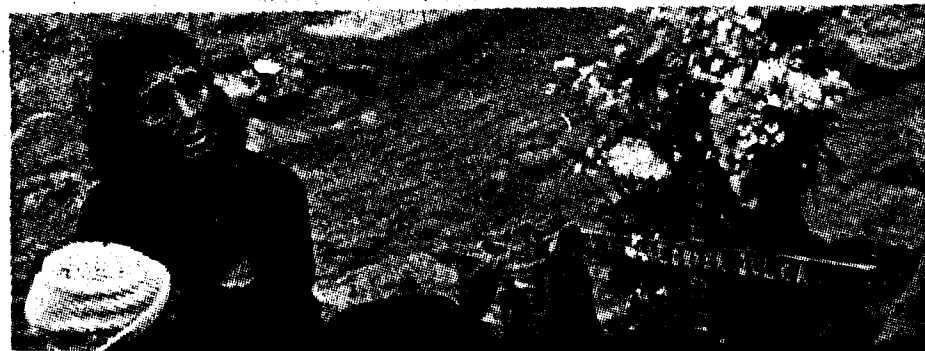
De este trabajo se encargan normalmente los varones de cada familia que se reparten las tumbas situadas en un mismo cementerio o en toda la región.

El 30 y 31 de octubre en la puerta del cementerio se juntan vendedores de flores, coronas, roscas y panes dulces, chicheras que ofrecen chicha y cebiche. Se van construyendo kioscos, aparecen vendedores de velas "Señor de los Milagros", "Señor de Santa", "Señor de la Luz", "Rayo de Luz", "Luz del Norte", "Piura", y las velas de la Virgen del Cisne ingresadas de contrabando desde el Ecuador.

Con las flores a 10 ó 20, las coronas a 40, la pintura a 50, las roscas a 10, los dulces a cuatro por un inti, los cinco paquetes de velas, hay que gastar alrededor de 200 intis sin contar la comida.

En Catacaos se instala el motor que iluminará por 12 horas los nichos. Los focos se alquilan a 20 intis. Al interior del cementerio, hombres y jóvenes cargan escaleras, baldes de pintura y pinceles y se ofrecen a pintar tumbas por 20 a 50 intis según el trabajo.





La pequeña iglesia se yergue cual guardiana de multitud de cruces que señalan el reposo de los que se fueron. Abajo, las tumbas fosas en la arena señaladas por una cruz, llevan el nombre del difunto y la fecha de su muerte.

blanco, "sisuna", bordado con hilos de color, lo extenderá sobre el suelo y pondrá encima los dulces y la miel que trae en una botella o en un jarrito de plástico.

La madre del "angelito" bendecirá al niño y le dará de comer a su "angelito". El niño comerá parte de lo que le es ofrecido y la madre guardará para más tarde el resto en su alforja.

¿De cuántos hijos muertos se acordarán las campesinas en La Arena? Unas, más jóvenes, tienen uno o dos "angelitos"; otras ya viejitas, cinco o seis.

Las madres y los niños se van retirando, son las seis de la tarde, el sol se pone.

ANDAS Y CRUCES

El sol se pone y se oye una música de trompetas, trombones y clarinetes que sale de la iglesia por la puerta enlutada, al paso lento de los cargadores de andas. La Cruz de Plata, el Cristo Yacente, San Juan Bautista, la Cruz de Madera, que es una raíz de algarrobo, la Virgen del Tránsito y el Señor Cautivo.

La procesión se dirige hacia la puerta del cementerio. Allí un Cristo Yacente y una Dolorosa, que pertenecen a la iglesia del centro, y una medalla de Animas de la Cofradía Jurada de Animas, se junta a las imágenes de la iglesia matriz. Las andas no entran en el cementerio, se colocan a la derecha y a la izquierda de la puerta. Al norte de la Cruz de Plata, el primer

y la medianoche hay un continuo tránsito de gente que entra llevando toldos, petates, frazadas y canastas con comida y café o algo de trago para calentarse. Alrededor de los nichos, y de algunas cruces se instalan a pasar la noche, protegiéndose del viento. Encienden velas y alguna que otra lámpara. Los ancianos se rocogen algunos momentos mirando las velas o las lápidas. Las familias comienzan a visitarse, a conversar entre ellas, a comer. El cementerio parece un pueblo con sus calles animadas. A medianoche el movimiento disminuye, la gente se va quedando dormida.

Dos hermanas casadas con pescadores llegaron, la una de La Tortuga y la otra de Lobitos. Alrededor del nicho me quedo con las mujeres mientras los hombres van a conversar y tomar cerveza en uno de los kioscos.

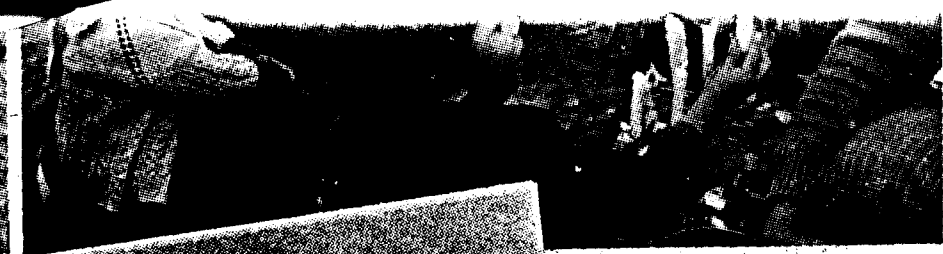
Conversamos sobre los padres, sobre las costumbres. "Nos reunimos cada año, dos veces, ahora y en mayo, para el día de la madre. A los padres no hay que dejar de recordarlos, así también nos recordarán nuestros hijos. Como se van a dejar estas costumbres. ¿Ustedes no velan?"

—No velamos, pero si a veces vamos al cementerio.

—¿Usted si va a reunirse con sus padres?

—Ayer velé a mi madre en la Cruz del Centro, de La Arena.

Esta bien, ya estoy tranquila, seguimos conversan-



Pero, en la mayoría de los casos, los campesinos pintan ellos mismos sus tumbas. Un hombre acompañado por su hermano y su hijo ennegrece con brea las cruces de sus padres y abuelos, acordándose de cada uno de ellos. Explica, mientras pinta, que los que mandan hacer este trabajo "gastan" pero no se "juntan", no "respetan", se van olvidando.

El sol quema, el viento del mar, el olor a brea, las preguntas y las respuestas nos reúnen un momento. Como en un barco navegamos en otro tiempo y en otro espacio. Uno de los hermanos cuenta cómo reconoció, hace unos años, la cruz de un tatarabuelo. Apenas se leía el nombre, la fecha se había borrado, quién sabe cuándo habría muerto. Su hijo pinta la inscripción, el ancestro se rescató.

Junto a esta reunión familiar mi soledad me pesa. En qué mares olvidados irán a la deriva mis muertos? A los muertos que se perdieron, que no volvieron, que se olvidaron, se les vela en la cruz mayor, en la capilla del cementerio. Si tiene usted difuntos,

cruz mayor, en La Arena, quizá allá se encallaron mis muertos.

LOS ANGELITOS

En el bajo Piura se denomina "angelitos" a los niños, adolescentes, y jóvenes que "fracasaron", murieron antes de llegar a tener hijos. La primera parte de la fiesta del primero de noviembre, día de Todos los Santos, después del mediodía y hasta las seis de la tarde, se desarrolla en la plaza y se relaciona con estos difuntos.

Sea en Catacaos o en La Arena, puestos de venta de dulces se colocan frente a la iglesia y en la plaza. Ofrecen suspiros, buñuelos, rosquillas, alfajores, bizcochos, calabazas. Pasan unos niños de dos en dos cargando un palo lleno de roscas, tres intis cada una, son de las pequeñas para los "angelitos".

Madres campesinas con polleras y blusas de satén y con una alforja comienzan a llegar con sus niños en los brazos o de la mano. También llegan mujeres solas con las alforjas llenas. A las 4 de tarde la plaza de La Arena se llena de mujeres y niños y se puede observar las madres con hijos esperando que las madres de "angelitos" les llamen, encuentren una semejanza de edad, sexo o apariencia entre su niño y el "angelito". La madre del "angelito" le pedirá entonces que le preste su niño. Las mujeres se sentarán juntas. La madre del "angelito" sacará de su alforja un mantel de color

Tránsito. Al sur el segundo Cristo Yacente, la Cruz de Madera, la Dolorosa y la Medalla de Animas.

Los músicos se retiran y frente a cada anda un mayor-domo sacude una campana mientras algunos campesinos depositan limosnas en las alcancías de los santos. La campana sigue sonando durante toda la noche y el día siguiente hasta el regreso de la procesión. El cementerio queda vacío mientras los vendedores de flores, dulces y roscas se instalan para dormir en la calle que lleva al cementerio.

Algunos se anochecen en los kioscos tomando café, cerveza, una sopa caliente, alguna comida. A las diez de la noche compro un ramo de flores y velas, pensando velar a mis muertos en la Cruz Verde del centro del cementerio de La Arena.

Con Eduardo y Carlos entramos en el cementerio vacío. Sólo dos o tres tumbas iluminadas con velas. En una de ellas un rezador canta en voz alta unas letanías. Cuatro escolares, que tenían miedo de aventurarse solos en el cementerio, se juntan con nosotros y nos acercamos a la Cruz Mayor.

Quizás fue el olor a flores, la luz frágil de las velas, la sombra de la Cruz, el recogimiento de mis compañeros, el chisporroteo de la cera, el sonido de las campanas, mis muertos citados después de tantos años de derivar en el olvido, encontraron el puerto. Nos reunimos en La Arena.

LAS VELACIONES

Entre las seis de la tarde

en las caletas, nos despedimos, siguen velando, preñando una tras otra las velas hasta la madrugada.

EL CEMENTERIO DE LA ARENA

En La Arena los campesinos cataquenses llegan a velar el día dos en la madrugada, de las seis de la mañana a las seis de la tarde. El camino que conduce al cementerio está bordado por vendedores de flores. Todo tiene el olor dulce del petate, la flor de los muertos.

En la puerta los Santos reciben limosnas, las campanas se agitan. Las polleras y las blusas de las campesinas tienen los mismos colores pastel que las tumbas y las flores. Satén blanco, y negro, satén rosado, celeste, azul, verde, amarillo, morado. La cera se derrite al doble calor de la llama y el Sol. Al pie de cada cruz y de cada peana, los niños vestidos con ropa nueva juegan, comen dulces, y roscar. La Cruz Mayor ya no se ve, mi ramo de flores está cubierto por decenas de ramos y velas. Mis muertos no han sido los únicos en ser citados en La Arena.

La familia de Carlos nos acoge, tomamos una foto de la reunión familiar entre los vivos y los muertos, quizás al revelarla los muertos aparecerán, entre primos y tías al lado de la madre, los abuelos y los bisabuelos. Por primera vez, pienso en mis hijos, en sus vidas, en mi muerte. Quisiera descansar en La Arena y que algunos de los míos se reúnan y se acuerden...

*Junto a esta
reunión familiar mi
soledad me pesa.*